

RECENSIONES

ANOUAR ABDEL-MALEK: *La Pensée politique arabe contemporaine*. Editions du Seuil. Paris 1970, 378 págs.

Desde los años que siguieron a la primera contienda mundial de 1914-1918, y con mayor intensidad en los de la postguerra posterior a 1939-1944, una de las realidades más destacadas en lo internacional viene siendo la de la compleja evolución de los países y los pueblos conocidos como «árabes». En el uso contemporáneo, dicha palabra de «árabes» no tiene carácter racial, sino cultural. Abarca a gentes de orígenes étnicos e históricos muy diversos, pero unidos por el uso preferente del idioma árabe. En todo caso el organismo oficial que agrupa a la mayor parte de ellos se llama «Liga Árabe», porque sean cuales fueren los orígenes de los pueblos y los Estados que la integran, todos ellos se sienten unidos por una identidad inicial de sentimientos y pensamientos, de problemas y de programas.

Parecería por tanto lógico y natural que para abordar el arabismo y las cuestiones internacionales de las naciones o las colectividades que se sienten identificadas con él; los llamados «árabes» fuesen tomados como principal punto de referencia al tratar de los temas y problemas de los territorios en que ellos habitan. Aunque sólo fuese por la circunstancia geográfica de que los países árabes y arabizados, ocupan un punto mundial central, en las junturas de Asia y Africa con el Sur de Europa.

Sin embargo, es muy corriente el uso, (extraño y a veces absurdo) de que cuando se trate de cuestiones referentes a la actualidad de los países del arabismo, esto se haga casi sólo en función de sus conexiones con la política de las grandes potencias mundiales. Los aspectos regionales y locales de los pueblos arábigos que predominan en las zonas del Norte de Africa y el Próximo Oriente, se dejan en segundo término, y se consideran como factores episódicos. Aunque en realidad suelen constituir los elementos esenciales.

El camino más práctico, objetivo y racional para enfocar y comprender las realidades arábicas, políticas y político-sociales modernas, en sus verdaderas trayectorias y sus verdaderos encuadramientos, consiste en un acceso directo a las teorías de sus principales definidores. Y este camino es desde ahora fácilmente accesible, gracias a la publicación en lengua francesa, de una obra magnífica; el libro de Anuar Abdel-Malek sobre el pensamiento político árabe contemporáneo.

La denominación de «magnífico» no se refiere tanto a la cualidad como a la calidad. Así por ejemplo, pueden ser discutibles algunos de los criterios de selección que Anuar Abdel-Malek haya aplicado a la selección de textos, o a los significados que él les atribuya. Sin embargo, es absolutamente evidente el empeño de rigor objetivo respecto a los valores documentales y orientadores de todos y cada uno de los trozos seleccionados y presentados.

REGENSIONES

El libro se compone de una sucesión de textos, procedente de toda clase de personalidades especialmente representativas, en lo oficial, lo religioso-jurídico; lo popular-laboral, el nacionalismo y el panarabismo teórico, el fundamentalismo político regional, los distintos modos de enfrentarse con lo árabe y con lo mundial, las reacciones ante las acciones de las grandes potencias etc.

Todos esos textos se reparten en ocho grandes divisiones, que sucesivamente se refieren a las siguientes agrupaciones de temas: la historia y el tiempo presente, el Islam político desde el fundamentalismo hasta el integrismo, la lucha de liberación nacional, la reconquista de la identidad, los problemas del poder entre las masas populares, los intelectuales y el ejército, las teorías de la unidad árabe, la problemática del socialismo, y por último, Palestina desde la resistencia a la revolución.

Respecto al conjunto de los temas y los textos Anuar Abdel-Malek hace observar en primer lugar que todos ellos tienen el mismo objetivo de responder a la siguiente pregunta: ¿Cuál es el contenido de las ideas del pensamiento árabe contemporáneo? Lo cual quiere decir que ya no puede dudarse del de la existencia de dicho pensamiento; ni de la absoluta necesidad de no tratar de temas del Próximo Oriente ni del Norte de África, sin conocer las mentalidades, los estilos de pensamiento y los objetivos de los grandes movimientos político-sociales regionales. Los textos del libro de Anuar Abdel-Malek tratan de aportar una contribución científica, para «donner a voir» en el mundo árabe de nuestro tiempo.

Por otra parte, la personalidad del autor de la selección, tiene un evidente interés respecto a las tendencias de autenticidad y objetividad. Anuar Abdel-Malek, egipcio que comenzó por ser profesor de filosofía en El Cairo, pasó en 1959 a Francia donde después de hacer dos doctorados en la Sorbona, pasó a ser encargado de investigaciones en el C. N. R. S. de la Investigación científica. Su tesis doctoral de filosofía, hecha en París, fue el punto de partida de su paciente y cuidadosa selección de materiales para el estudio de las ideologías políticas arábigas actuales. Luego ha publicado diversos libros en árabe y en francés, sobre teorías sociales, sociología de los movimientos nacionalistas, sociología militar etc.

En la introducción del reciente libro publicado en las ediciones del Seuil, Anuar Abdel-Malek hace constar que no solo el curso actual, sino todos los cursos posibles del pensamiento árabe contemporáneo, están ordenados por dos factores fundamentales. El primero es el que se refiere a las influencias constantes del idioma árabe y sus características peculiares. El segundo, es el marcado por la trayectoria histórica común de las autodeterminaciones nacionales en los diferentes países.

En lo referente al idioma, un factor socio-histórico muy poderoso es el de que la lengua árabe (lo mismo que la china) son uno de los dos grandes idiomas mundiales que han mantenido sus estructuras lingüísticas fundamentales desde antes de la Era Cristiana hasta nuestro siglo XX, y que habiendo sido contemporánea del latín, el griego clásico y el arameo; lo es ahora del inglés, el ruso y el español. A lo largo de tanto tiempo el idioma árabe no constituyó solo instrumento de expresión de un pueblo y una cultura genuinamente árabes, sino que fue un vehículo de múltiples nacionales, regionales y casi universales. Incluso las de los territorios turcos, iraníes, indostanos, etc. que utilizando idiomas totalmente distintos del árabe, han sido influidos por el árabe a través de los textos religiosos islámicos.

La trayectoria de los movimientos nacionales se subdividen a su vez en dos etapas, dos fases, o dos oleadas; antes y después de la segunda guerra mundial.

En el curso de la primera etapa (que había comenzado con el siglo XIX) el problema principal consistía en asegurar la emergencia de las agrupaciones humanas naturales, y de las clases sociales autóctonas, que iban pasando des-

RECENSIONES

de unos feudalismos de tipo medieval final, a unos capitalismo retardados de tipo colonial con predominios de explotaciones agrarias. Era la etapa en que los grupos originarios naturales se esforzaban para asegurarse los accesos al poder económico y político; fuese contra los restos de despotismos orientales, o (más frecuentemente) contra las ocupaciones imperialistas de algunas potencias que entonces predominaban en lo colonial.

En la segunda etapa, o sea, la que se ha venido desarrollando después del 1945, las direcciones de las luchas nacionales y sociales que habían sido iniciadas por ciertas capas restringidas de intelectuales y grupos económicos de las clases medias, se extendió (y se sigue extendiendo) a las masas populares. Esta última tendencia se subdivide a su vez en dos rumbos que son el de asegurar la efectiva independencia económico-social a los Estados que tienen plena independencia política; y el de garantizar a todas las clases de la población una participación en el ejercicio del poder.

Aquí entra en acción el factor instintivo o intuitivo más poderoso de los pueblos árabes o arabizados; es decir la ambivalencia. En la política, como en las demás manifestaciones de la existencia colectiva (con mención especial para las maneras como los árabes cristianos y los árabes musulmanes sienten y practican sus respectivas religiones), el arabismo impone en todas las cosas un anverso y un reverso que coexisten y se equilibran.

En la introducción a su antología de textos fundamentales para conocer el pensamiento árabe contemporáneo, Anuar Abdel-Malek subraya el hecho de que los impulsos reformadores de las «élites» y de las masas populares árabes o arabizadas, se apoyan a la vez en el socialismo material, y en lo místico tradicional. Especialmente entre los árabes islámicos, las direcciones procedentes del Corán siguen siendo la más profunda guía (consciente o inconsciente) en temas como los de los programas de acciones colectivas, apoyados en el sentimiento de que cada pueblo musulmán, es sobre todo una *Yamaa* (comunidad colectiva natural). De aquí que al hablar del «socialismo árabe» no sólo se alude a la influencia de los marxismos europeos, sino al fondo latente del «socialismo islámico». Así se produce un dualismo constante por el cual lo que Anuar Abdel-Malek llama «fundamentalismo islámico» sirve para que las nuevas ideas de carácter europeo o mundial puedan ir siendo utilizadas por los pueblos arábigo-islámicos, pero sin ser nunca desbordados por ellas.

Al final de toda esta trayectoria, queda en primer término la evidencia de que lo árabe y lo panárabe de hoy, no sólo cuentan por sus valores internos, sino por sus referencias mundiales. En los primeros destaca la dinámica sacudida de un extenso terreno socio-ideológico en plena mutación. En las segundas, es evidente que el pensamiento árabe contemporáneo no sólo representa un nacionalismo cultural en escala ampliada, sino también un repertorio de vías de acceso a la universidad.

En la mutación el principal punto de partida ha sido el de las crisis de las independencias formales, cuando una vez obtenidas han sido incapaces de resolver los problemas fundamentales, del subdesarrollo y el desarrollo, en todos sus aspectos. Hay una contradicción entre la urgencia de los cambios y la necesidad de que estos se adapten a las necesidades geográficas y humanas de los territorios arábigos diversos. Al final, las alas extremas dentro del engaño de las urgencias reformadoras se funden por contrapeso en una mezcla donde no se han perdido los impulsos propios de sus diversos componentes.

En lo de la vía de acceso a la universalidad, Anuar Abdel-Malek, hace notar que el empeño genuinamente panarabista de las fusiones, por equilibrios, se corresponde con los movimientos actuales de reformas religiosas hechas por síntesis de vuelta a lo esencial, y marcha hacia lo super-moderno. Así se compara el «fundamentalismo islámico» que en El Cairo iniciaron el Chej Moham-

RECENSIONES

med Abdu y sus discípulos, con el *aggiornamento* católico desde el Concilio Vaticano II.

Entre los dos aspectos fundamentales, el libro de Anuar Abdel-Malek subraya que el paso desde lo colonial a lo independiente; desde la liberación a la construcción; desde los regímenes de excepción o de crisis a unas nuevas «sociedades civiles»; tiende a exigir siempre el predominio de unas auténticas dialécticas sociales. Unas dialécticas basadas tanto en el empeño de los cambios como en los imperativos de los rumbos históricos genuinos.

Rodolfo GIL BENUMEYA

ALEXANDER WERTH: *De Gaulle*. Traducción de Narciso Puig. Editorial Bruguera, S. A., Barcelona, 1970, 556 págs.

Para comprender la importancia y la trascendencia de la obra de un político es indispensable, cuando menos, el transcurso de unas cuantas décadas o, lo que es lo mismo disponer del ángulo adecuado para juzgar sin apasionamiento su personalidad. En el caso del general De Gaulle mucho nos tememos que este prudencial plazo de tiempo tenga que ser necesariamente más amplio. De Gaulle, como es sabido, no ha sido únicamente el más alto magistrado de la nación francesa, magistratura desempeñada en distintas ocasiones, sino, a la vez, uno de los rectores —para nosotros el primero— más destacados de la política internacional europea. Dogmáticamente se podría afirmar que las estructuras políticas actualmente vigentes en la vieja Europa son fruto innegable de la inspiración del discutido general francés. Durante mucho tiempo, Europa ha sido la imagen y semejanza del pensamiento político de De Gaulle. Todavía hoy, a nuestro parecer, muchas cosas europeas llevan insertas el sello del ex presidente. Por todo cuanto antecede, el general De Gaulle ha sido admirado, combatido y envidiado. Su personalidad es indiscutible y la dimensión de su pensamiento político tiene hondura, empaque, magnífica seriedad doctrinal.

El libro del doctor Alexander Werth trata de ofrecernos únicamente la perspectiva política de la personalidad de De Gaulle. Se comprometió el autor, al iniciar la redacción de estas páginas, a una ardua tarea, a saber: De Gaulle ha sido uno de los políticos más hábiles de nuestro tiempo, difícilmente fiel al contenido de los programas de política interior y exterior por él mismo formulados y, en definitiva, genial improvisador de nuevas estructuras socio-políticas a tenor de las exigencias de las circunstancias. Su alta graduación militar, creemos, se ha visto siempre reflejada en la rapidez, en el dinamismo y la audaz estrategia con la que, efectivamente, siempre ha salido airoso de todas sus empresas. Si se nos permitiese la expresión diríamos que De Gaulle ha sido por antonomasia el gran «rebelde» de nuestro siglo. Se cuenta del ilustre general, y esta anécdota le define claramente, por un periodista que le había solicitado audiencia que con la finalidad de tener un conocimiento más directo de la persona del ex presidente francés se atrevió a preguntar a uno de los miembros de su Gabinete qué era lo más problemático en el destacado soldado. El funcionario interrogado respondió lacónicamente: «El único problema con el general es que no es un ser humano.»

De cuantas biografías y ensayos políticos hemos tenido ocasión de consultar sobre la personalidad un tanto incomprendida del general De Gaulle nos sorprende la frialdad con la que su actuación humana y social ha sido siempre enjuiciada. Muchos de sus más autorizados comentaristas no dudan en admitir en el ilustre político francés nada más que dos extremos, claramente irrecón-

RECENSIONES

ciliables: la simpatía y la brusquedad. Otros, por el contrario, han destacado la rigidez que el ex presidente ponía en sus relaciones con sus subordinados. Es muy expresiva la frase de uno de sus más agudos glosadores: «El Presidente raras veces se doblega ante alguien; su relación con sus seguidores es casi como la de un monarca y además un monarca algo arrogante. Casi nunca recibe consejo y sólo raras veces comunica sus intenciones a sus subordinados. Nadie tiene influencia sobre él.»

A pesar de esta leyenda que envuelve el contenido de su auténtica personalidad política lo cierto es que Stalin, hombre complejo donde los haya, no dudó en subrayar, refiriéndose al general francés, que «no era un hombre complicado». El doctor Alexander Werth se esfuerza a lo largo de todo su libro en justificar la aspereza del carácter del ilustre soldado. La desconfianza consustancial del general es fruto, nos dice, de los grandes problemas que tuvo que estudiar y solucionar en solitario. Problemas en los que, ciertamente, estaba implicada la paz y seguridad europea. El general De Gaulle no quiso jamás conformarse con la aceptación de las posturas cómodas. Esta, justamente, es la constante sugestiva, irrepetible e intransferible de toda su actuación política. No le gustaban las posiciones eternamente conquistadas y, naturalmente, siempre pretendió llegar al fondo de los problemas debatidos. Así, por ejemplo —según nos indica el autor de estas páginas—, siendo un joven oficial, ya se rebeló contra la institución militar francesa, la cual, durante el período comprendido entre las dos guerras, estaba viviendo en un mundo soñador y de funesta rutina, ignorante por completo de lo que se avecinaba en 1940. Cuando el desastre se materializó, él se rebeló contra el armisticio que perseguían los generales derrotistas de 1940. Se resistió a aceptar la cómoda postura de que «simplemente los alemanes han vuelto a ganar»; durante la guerra fue un rebelde en su actitud con Churchill y Roosevelt; después de la liberación de Francia, se rebeló contra aquella misma Resistencia, a quien él tanto debía. En 1946 se rebeló contra la IV República, y, doce años más tarde, ayudó a derrocarla. No obstante, poco después, siendo jefe del Gobierno, empezó su larga lucha contra aquellos mismos generales y colonos argelinos que le habían restaurado en el Poder. Internacionalmente, subraya el autor de este libro, se rebeló contra el Pacto del Atlántico, tal como estaba instituido en tiempos de la IV República. Luchó contra la «satelización» de Francia, declarando que el mundo, basado en dos supremacías rivales, U. S. A. y U. R. S. S., era una cosa que pertenecía al pasado. Se rebeló contra el concepto americano de guerra ideológica, y consideraba el espíritu de la nación y de lo nacional, aun en Rusia, China o Vietnam, como algo más profundo y más duradero que cualquier ideología.

La posición ideológica del ilustre político ante cada una de las situaciones que anteceden nos ponen de manifiesto elocuentemente lo quintaesenciado de su sugestiva política. Si en muchísimas cosas el ex presidente francés fue rigurosamente intransigente en ninguna fue más severo que en todo lo referente a la política europea. De Gaulle quería una Europa especial, libre, autónoma y, sobre todo, con una personalidad y un estilo político original. A la vista de las sugestivas conclusiones que se nos ofrecen en este trabajo podemos pensar que, en efecto, la política europea del general no fue comprendida en su momento. El doctor Alexander Werth no duda en calificar su política europea de intricante. Ciertamente, nos atreveríamos a afirmarlo, nadie supo nunca qué era lo que realmente quería para Europa fuera de las acepciones anteriormente citadas. La Europa soñada por el general francés era absolutamente independiente de la Europa anhelada por otros políticos que pensaban, ciertamente, en una Europa americanizada. Pero dentro del propio contorno geográfico del continente europeo De Gaulle mantenía ciertas discriminaciones socio-políticas. Así, por ejemplo, vetó la entrada de Gran Bretaña al Mercado Común por conside-

RECENSIONES

rarla como el «caballo de Troya de Estados Unidos». Por otra parte, como se recordará, siendo completamente consciente de que Francia no era una gran potencia mundial, él intentó darle, por algún tiempo, una posición directora en la pequeña Europa de los Seis. Este fue, a nuestro parecer, el más grave de todos los errores cometidos por esta singular figura política de nuestro tiempo.

El libro del doctor Alexander Werth está escrito con delicada moderación, con enorme profusión de datos históricos y, sobre todo, con un cuidado realmente ejemplar. Nos parece, desde la perspectiva estrictamente política, que es una de las mejores biografías que sobre el inquieto general francés se han escrito: sincera, respetuosa y humana. Desde las primeras páginas de la obra el autor nos advierte que este libro no es más que lo que pretende ser: una biografía política de De Gaulle, una de las figuras clave de nuestro tiempo, un hombre que ha sido inmensamente admirado, un hombre que ha sido querido por una pequeña minoría y acerbamente detestado, pero también por una pequeña minoría, y muy en especial por la tradicional *extrême droite* francesa.

El doctor Alexander Werth, como conclusión final de estas páginas, se hace una sugestiva pregunta, a saber: ¿Es De Gaulle una persona popular? Esta, nos dice, no es una cuestión fácil de responder. Ha habido ocasiones en que, ciertamente, De Gaulle ha hecho sentirse a Francia orgullosa de sí misma. Su nacionalismo, su anti-americanismo y su peculiar forma de «neutralismo» han llegado, en efecto, al corazón de la mayoría de los franceses. Quizá el ilustre general ha sido el que, piénsese lo que se quiera, ha logrado curar a Francia del complejo de inferioridad que adquirió como resultado de 1940. ¿No es suficiente...?

José María NIN DE CARDONA

THEODORE C. SORENSEN: *Kennedy*. Traducción de Agustín Gil. Editorial Bruguera, S. A., Barcelona, 1970, 891 páginas.

Theodor C. Sorensen, antiguo secretario personal del Presidente Kennedy, es el feliz autor de esta profunda, humana y extensa biografía. Conviene advertir desde estas primeras líneas que el libro gira en torno del quehacer político del extinto Presidente y, además, que no se trata de una obra en la que se evocan situaciones familiares, íntimas o, simplemente, de cordial amistad. Las páginas de esta extraordinaria biografía—la más veraz e importante de cuantas sobre el malogrado Presidente se han dado a la imprenta—nos permiten reconstruir con la máxima fidelidad posible la ideología, el programa político y las esperanzas en un mundo mejor que el Presidente Kennedy sostuvo. Nos atreveríamos a considerar el contenido de estas páginas como la síntesis y expresión del más auténtico y riguroso estilo político norteamericano. Más que la biografía de un hombre, a pesar de sus singulares virtudes personales, la obra de Sorensen es, en definitiva, la biografía de un pueblo. En lo sustancial, circunstancia fácilmente comprobable, la vida de un político americano se desarrolla dentro de unas estructuras previamente determinadas. Ya se sabe que la primera y más elocuente característica del pueblo norteamericano es, sin duda, haber hecho de la precisión una virtud cardinal. Este culto, a nuestro parecer excesivo, consagrado al cálculo exacto, a la mecanización perfecta y, en definitiva, a la más intransigente tecnocracia, ha producido, por el momento, el fruto de una sociedad altamente insensibilizada políticamente. Quiere decir cuanto antecede que, a diferencia de las constantes socio-políticas que rigen en la vieja Europa, para el pueblo norteamericano las virtudes, los dones

RECENSIONES

o, sencillamente, las dotes intelectuales de un hombre público, dicen bien poco. En la política norteamericana pocas veces triunfa el hombre por sí; esto es, por sus propios méritos. Triunfa, sin embargo, si su programa, sus promesas y proyectos están acordes con el sentir popular. Y, efectivamente, como han escrito recientemente dos políticos norteamericanos de cierto prestigio¹, «en algún lugar de este país hay en este momento un alumno de escuela secundaria que será presidente de los Estados Unidos. Este es al mismo tiempo el hecho más inevitable y más promisorio de la política norteamericana».

Pero, independientemente del hecho de que las cualidades personales de los futuros presidentes o vicepresidentes norteamericanos tengan la fuerza suficiente para inclinar a su favor la admiración popular y, consecuentemente, esas cualidades sean tenidas en cuenta por el ciudadano americano en el momento de emitir su voto, es evidente que la carrera hacia la presidencia del país más importante de la hora actual entraña muy serias dificultades. El estudio de cada una de esas dificultades constituyen, quiérase o no, lo realmente extraordinario del libro que comentamos. Cuando el político americano se consagra a la actividad política su vida privada desaparece, puesto que sabe, y lo sabe muy bien, que en la política norteamericana no existen, en realidad, puestos intermedios. Por consiguiente, a diferencia de cualquier otro sistema de elección de gobernantes, el actualmente vigente en los Estados Unidos depara a los contendientes, entre otras cosas, una tensión física y emocional inigualable. Ciertamente, la campaña presidencial pone a prueba algo más que la mente y la conciencia del candidato: evalúa su fibra física y emocional. Sorensen, excepcional testigo de la campaña de Kennedy, dedica las primeras trescientas páginas de su obra a analizar con todo detalle lo que podríamos considerar como «el proceso» de fabricación de un presidente y, sobre todo, cómo el que habría de ser presidente de los Estados Unidos tuvo que enmendarse, reconstruir o edificar totalmente algunos de los principales puntos de su programa político a tenor de las reacciones populares que advertía. La carrera hacia la presidencia es, en efecto, penosa, violenta y, en todo caso, un tanto incomprensible para la mayor parte de los observadores extranjeros. El candidato debe estar preparado, para todo, puesto que, como es sabido, a lo largo de la campaña es alternativamente alzado a las alturas y arrojado al suelo. Sorensen describe en su libro—en muchísimas ocasiones no puede contener la admiración por su biografiado—el equilibrio, la serenidad y la arrogancia de la que hacía gala, ante cualquier situación adversa, la figura de Kennedy, al que, por otra parte, no duda en estimar como uno de los políticos que mayor dominio han ejercido sobre sí mismo.

No fueron, sin embargo, las cualidades anteriormente citadas las que llevaron a Kennedy a la presidencia de los Estados Unidos, sino, según el autor de esta obra, la rapidez de sus reflejos, la intuición para hallar soluciones y, sobre todo, el atractivo que irradiaba de su persona. Acaso, piensa Sorensen, fue esta el arma más eficaz de toda su campaña electoral. Su presencia física, añade el autor, inspiraba profunda confianza. Esto, por supuesto, no quiere decir que Kennedy careciese de un estilo político personal. Kennedy poseía un estilo político brillante, apasionado y sugestivo. Un estilo, para ser más concretos en esta afirmación, que limitaba entre lo puramente ofensivo y vigoroso. Durante su mandato presidencial no le faltaron, ciertamente, ocasiones de poner de manifiesto esas dotes o características personales. Es difícil, pues, llegar al conocimiento de lo que, por ejemplo, influyó en un determinado ciudadano americano a inclinarse en pos de uno de los candidatos presidenciales. No faltan especialistas de esta materia que han estudiado con profundidad esta cuestión e, igual-

¹ Abraham Ribicoff y John O. Newman: *El estilo político norteamericano*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1969, 213 páginas.

RECENSIONES

mente, no son escasos los sondeos que se han realizado, mediante encuestas, de la opinión pública. Los resultados son complejos y no aclaran nada: en una ocasión fue la fuerza de un discurso, en otra un cartel llamativo, un programa de radio, una aparición en televisión, etc., etc. La única causa estriba en la adecuada estrategia que desempeñe cada candidato, dado que, como la experiencia pone de manifiesto, los políticos americanos aún no han encontrado una fórmula segura, es decir, que funcione bien, sea cual sea el candidato que la utilice. Kennedy fue, evidentemente, un gran estratega que supo hacerse conocer en los medios populares y, sobre todo, que se le perdonasen tres de sus cualidades morales más extraordinarias: su honestidad, su elegancia política y sus creencias religiosas.

La parte central del libro de Sorensen nos ofrece un minucioso examen de los principales acontecimientos socio-políticos del período presidencial de Kennedy—mandato que quedó truncado cuando más prometedor resultaba—. Llegado a este punto el autor del libro profundiza ágilmente en el pensamiento político del Presidente y subraya, nadie más autorizado para ello que el propio Sorensen, dada la familiaridad burocrática que le unió con Kennedy, que fue un fervoroso amante de la paz. Sus días en la Casa Blanca transcurrieron bajo la obsesión de conservar, a cualquier precio, la paz. Le causaba terror, nos dice Sorensen, la idea, es decir, la simple posibilidad de una guerra nuclear y, especialmente, por el cariño que sentía por todos los niños del mundo. «Niños—decía—que ninguna culpa tienen de los errores de los hombres, que a nadie odian y, con todo, en ocasiones, reciben el impacto brutal de la devastación y la muerte de forma más grave que cualquier otro ser humano.»

Sorensen ha escrito un libro importante, sincero y, sobre todo, profundo. Es pronto aún, nos parece, para enjuiciar y valorar lo que el paso de Kennedy por la más alta magistratura de los Estados Unidos ha supuesto. Por lo pronto, un magnífico ejemplo de dignidad ante crisis tan delicada como la de la Bahía de Cochinos, la de Berlín y la que, en septiembre de 1962, pudo ser considerada de definitiva en torno de Cuba. El libro de Sorensen finaliza con una sugestiva interrogante, a saber: ¿Cómo le juzgará la Historia? Para el autor de estas páginas que, ciertamente, no ha querido poner punto final a su biografía con el relato de la muerte violenta del Presidente—quizá esto es síntoma de que Kennedy no ha muerto aún para muchos norteamericanos—es probable que, de cara al futuro, la leyenda se apodere de su existencia y de su obra toda. En todo caso, piensa Sorensen, el hombre, en la circunstancia que nos ocupa, es mucho mayor que su leyenda. Su vida, y no su muerte, crearon esa grandeza.

José María NIN DE CARDONA

ROBERT GUILLAIN: *El Japón, tercer grande*, 339 págs. Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1970.

El autor, prestigioso colaborador de «Le Monde» y gran conocedor de los países del Extremo Oriente, en los que ha residido muchos años, traza en esta obra un panorama muy completo del Japón de nuestros días, ese coloso asiático que ha sabido situarse rápidamente en el tercer puesto de la economía mundial.

La obra de Guillain está escrita en el estilo ágil y sugestivo propio de los grandes maestros del periodismo. Esta característica fundamental de su amenidad no perjudica a la necesaria profundidad del relato, puesto que los juicios e impresiones están sólidamente documentados con cifras e informes solventes. Es decir, que *El Japón, tercer grande*, es un trabajo serio y responsable, al par

que ameno, lo que justifica el extraordinario éxito alcanzado en Francia antes de que se publique esta cuidada traducción española.

Comienza Guillain por introducirnos en el Japón de hoy con un fulgurante capítulo en el que, a grandes pinceladas, traza el panorama sugestivo de un Tokio colosal, en plena fiebre de transformación: «Jamás había contemplado un Tokio tan intensamente animado, multitudes tan compactas, ni tan visiblemente prósperas, una circulación automovilística tan abundante, un aspecto tan impresionante de la gran capital.» La transformación de las grandes urbes se realiza a un ritmo vertiginoso que las sitúa en el camino de las megalópolis, al propio tiempo que crecen fabulosamente las autopistas y los ferrocarriles ultramodernos. Todo el país se encuentra bajo un ansia febril de modernización y esta súbita explosión de energías se ha volcado, especialmente, en el terreno industrial. Así se han levantado gigantescos complejos, como los de la bahía de Nagoya y la de Osaka, directamente al borde del mar, produciéndose gigantescas concentraciones de población. Setenta millones de almas habitan las tres grandes regiones industriales que tienen como centros a Tokio, Nagoya y Osaka, el Tokaido, cuya progresión demográfica es tan alta que contará con ochenta millones de almas hacia el año 2000, y Tokio, concretamente, albergará 33 millones de habitantes, el triple de su actual población, en 1985. Simultáneamente, el nivel de vida general se ha elevado de forma impresionante, y en el decenio 1960-70 la renta nacional se ha duplicado. Esta prosperidad, alcanzada rápidamente merced a un esfuerzo inteligente, ha fortalecido la confianza del pueblo nipón en su propio futuro, que estima más lisonjero que el confortable que ahora posee.

Guillain, en capítulos sucesivos, analiza las causas de esta transformación, situando en primer lugar las fuerzas de tipo moral dimanadas de su decisión de contar sólo con sus propias fuerzas para lograr su pleno desarrollo económico. Por esto, el Japón rehusa, en lo posible, las inversiones extranjeras. En lugar preferente se encuentra, tras el holocausto atómico y la derrota militar de 1945, el nacimiento de «un pacifismo auténtico, profundamente sentido, nacido de la terrible prueba», así como un «descubrimiento de la libertad, a la que se encontrarán los japoneses cada vez más y más ligados conforme vayan experimentando los beneficios», y de esto concluye que el Japón, «aleccionado por sus desgracias, desea ardentemente apartarse de todo tipo de aventuras. No quiere tener más ejército. Se prohíbe toda participación en las aventuras militares de los restantes países, comenzando por los Estados Unidos».

Guillain insiste mucho, con demasiado énfasis tal vez, acerca de la irrevocable determinación del Japón de no asumir, sean cuales fueren las circunstancias, ningún compromiso en Asia que no sea de índole puramente económica. «El Japón ha quedado—dice—marcado en su carne y en su alma por la cicatriz atómica», por lo que «desde hace veinte años y aún más, ningún primer ministro, incluido Yoshida, osó anunciar el rearme ni albergó una sola intención de rearmarse. Nadie dijo ni pensó en serio que el Japón debiera tener una bomba atómica. Un Gobierno que hubiera proclamado semejante anuncio habría sido inmediatamente barrido por las protestas de todo el país». «En cuanto ha quedado libre, su política exterior ha sido la de evitar todo compromiso, huir de toda responsabilidad internacional. Se ha negado a avanzar por la vía de un rearme auténtico, a despecho de las presiones norteamericanas por llevarlo a cabo. Se ha apartado de los sistemas de alianzas, como el que Washington proyectó hace muchos años con otras capitales asiáticas como Seul y Taipeh (Formosa).» De todo lo cual deduce que «así, pues, hay que terminar por decir que, en realidad, la política japonesa hace de contrajuego a la política norteamericana. El Japón quiere hacer en la zona del Pacífico asiático una política de comerciantes y de industriales; la de los Estados Unidos es una política de militares. A los ojos de los japoneses, los norteamericanos se han descarriado,



con treinta años de retraso, en una aventura donde ellos, los japoneses, saben por experiencia que no se puede triunfar, porque consiste fundamentalmente en volver a tomar las armas para construir un Asia nueva». Su conclusión, una conclusión que reitera bajo múltiples aspectos distintos en muchas páginas de esta obra, es terminante: el Japón sólo desea proyectar hacia el exterior su vigorosa personalidad en el terreno de las relaciones económicas. «Construir una economía interior potente y próspera en este país de pobres recursos, con el territorio aislado en el océano, exige simultáneamente un esfuerzo exterior constante para acrecentar la solidez de la posición japonesa en el plano de las relaciones económicas y del comercio internacional, ampliar el acceso a las materias primas, desarrollar los mercados exteriores, sostener con éxito la batalla de la convivencia.» Ese deseo de convivencia general se demuestra en los esfuerzos que Tokio realiza para mantener con China correctas relaciones, en su aportación técnica al desarrollo de la Siberia soviética y en otros muchos ejemplos similares. Y argumenta Guillaín que esa batalla económica sólo puede ganarla el Japón, como hasta el momento ocurre, al ver aligerados sus presupuestos de los abrumadores gastos militares. «Esa gran ambición de alcanzar el tercer puesto en el mundo, ¿cómo había de realizarla si sus finanzas, sus recursos, su producción, debían sostener el peso de una política exterior tradicional, implicada en rivalidades nacionalistas y fundada sobre los armamentos? No, la regla "todo por la economía" exige que permanezca ausente de los bloques, de las aventuras armadas, de la guerra.» Todo esto es cierto, indudablemente, pero, a nuestro entender, últimamente el panorama exterior ha evolucionado de tal forma que, tal vez, sean precisos nuevos planteamientos, una óptica nueva que, si no radicalmente, corrija algunas conclusiones válidas hasta hace un quinquenio. Por esto, creemos que el autor subestima el impacto de dos hechos fundamentales que pueden tener trascendencia futura. Primeramente, el gran peso específico de su tratado con los Estados Unidos. Reconoce Guillaín que «la única alianza que ha suscrito el Japón es la que le une a los Estados Unidos, firmada en 1951 y afianzada con el pacto de seguridad, renovado en 1960. La alianza norteamericana se halla desde luego en el centro de las relaciones exteriores japonesas, y representa una excepción mayor a la regla del no compromiso y de la no participación en el juego políticomilitar internacional», aunque, no obstante, estima que «de hecho, en el terreno político, y por supuesto en el militar, el papel de los japoneses en la alianza ha sido constantemente negativo». Ha sido así hasta el momento, pero parece muy posible que en los términos del acuerdo Sato-Nixon de 1969 que prelude la determinación norteamericana sobre la devolución de Okinawa, Tokio se haya comprometido, bajo algún aspecto militar, a hacer posible la retirada de grandes contingentes de tropas americanas estacionadas en el Extremo Oriente. Es más, se ha señalado concretamente que el Gobierno nipón defendería la seguridad de Corea del Sur y de Formosa, países ambos que cuentan con solemnes garantías estadounidenses, en el porvenir. El segundo factor es el del inquietante aumento de la potencialidad bélica de la China Popular, cuyo profundo alcance y perspectivas tal vez no haya sido detectado con claridad por Guillaín. Este reconoce la trascendencia del acontecimiento: «queda por saber si sus concepciones pueden permanecer sin cambiar frente a un hecho nuevo de consecuencias difícilmente calculables: la entrada de China en el club de las potencias atómicas. Notemos a continuación este hecho notable: la explosión de la primera bomba atómica china, el 16 de octubre de 1964, no causó en modo alguno en Tokio el efecto de un suceso catastrófico. Fue acogida por los japoneses con una sangre fría extraordinaria. Cuando estalló, más terrible todavía, la primera bomba de hidrógeno en la China comunista, el 17 de junio de 1967, me hallaba yo en Tokio. ¿Cuál fue la reacción? Ninguna traza de pánico, ni tampoco de temor. Una calma desconcertante. El enorme vecino de enfrente,

RECENSIONES

la China de Mao, entraba en posesión del arma del terror, pero el Japón, próximo y pequeño, se negaba a espantarse.» Su conclusión es que Tokio tratará de hallar una fórmula pacífica de convivencia que permita su coexistencia frente al inquietante vecino. «El objetivo del Japón, pues, debería ser el de organizar mediante un tratado ese equilibrio necesario a todo el mundo. No debiera residir en la bomba atómica, sino en conseguir de sus muy formidables vecinos—Estados Unidos, Rusia soviética y China popular—un pacto que garantice su seguridad. Este pacto del Pacífico le protegería contra toda agresión, asegurándole que un ataque de cualquiera de sus tres vecinos provocaría las represalias de los otros dos.» Ciertamente esta solución sería la más razonable, pero la estimamos, en las circunstancias en que se halla actualmente el panorama internacional, totalmente quimérica, prácticamente inalcanzable por la influencia, entre otros, de dos grandes factores: la hostilidad mutua entre las tres potencias que menciona Guillaín y el hecho de que cualquiera de ellas sólo intervendría en una respuesta militar—que sería un nuevo holocausto atómico—cuando fueran afectados sus propios intereses vitales, los suyos y no los de ningún otro país, por aliado que fuera, y es evidente que el Japón no podría ser considerado aliado de los tres países al propio tiempo. En el caso concreto de la China Popular, pese a la reacción que consigna Guillaín de absoluta impasibilidad del pueblo nipón, parece indudable que los círculos dirigentes se encuentran preocupados, máxime ante la reciente campaña desatada en la Prensa de Pekín y países de su esfera de influencia, acusando claramente a Tokio de mantener una «colusión militar» con los Estados Unidos, de favorecer el retorno al imperialismo y al militarismo, etc. Esta campaña, secundada por los discursos de los máximos dirigentes maoístas, está alcanzando una virulencia que no presagia un buen fin, y esto, lógicamente, debe alarmar a estadistas tan responsables y realistas como los nipones. Especialmente después de la firma de la prórroga del tratado de seguridad nipo-norteamericano. No puede desconocerse que, desde noviembre del pasado año, están surgiendo en el Japón ciertos sectores que preconizan un rearme progresivo, aunque solamente de carácter defensivo, a partir de 1972, como consecuencia de la entrada en vigor de la doctrina Nixon, que pretende reorganizar todo el sistema de seguridad del Pacífico cediendo las máximas responsabilidades de su defensa a los países asiáticos aliados.

Expuesta esta discrepancia fundamental, resta consignar el gran interés de toda la obra que comentamos y el exhaustivo esfuerzo de síntesis verificado en algunos sectores como en el de la expansión comercial nipona y su contribución al desarrollo del área del Pacífico.

En definitiva, se trata de una obra de sumo interés, capaz de atraer, por su amenidad y simultánea profundidad, a grandes masas de lectores de nuestro país.

Julio COLA ALBERICH

